



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

El mundo como lo conocemos ha desaparecido. Después del apagón definitivo que puso fin a la era de internet y el poderío de la inteligencia artificial ya no hubo forma de reconstruir la sociedad porque tras el desastre tecnológico la naturaleza se encargó de hacer el resto. El aumento de la temperatura oceánica y terrestre, la consecuente extinción de especies, las inundaciones, la lluvia ácida y las guerras del agua fueron delineando un nuevo y desolador paisaje: el de un mundo convertido en páramo. En el presente, los días pasan de gélidos a sofocantes en cuestión de horas, el aire se ha vuelto irrespirable y apenas quedan con vida algunas criaturas, en su mayoría insectos, y unos pocos humanos abocados, en bandas o en solitario, a la lucha por la supervivencia.

Tras errar por una tierra hostil, varias mujeres llegan a un antiguo convento en busca de refugio y son captadas por una secta religiosa. Confinadas en la Casa de la Hermandad Sagrada, ahora viven sometidas a los estrictos designios de la Hermana Superior y, por encima de ella, a «Él», una figura de la que poco se sabe y que, invisible y casi inaudible, domina desde las sombras del convento. La pureza es la mayor de las virtudes para estas mujeres que al ingresar en el convento son desposeídas de su nombre y su origen; y agrupadas en tres castas —las in-

dignas, las elegidas y las Iluminadas— se transforman en adoradoras de una nueva deidad nacida en medio de la pestilencia y el caos del mundo. Cualquier falta o manifestación de impureza es castigada con crueldad por la despiadada Hermana Superior mientras por los corredores y celdas las siervas repiten en una letanía «Sin fe, no hay amparo», a la espera de su salvación.

Noche tras noche, a escondidas del resto, una de las mujeres cuenta esta historia en un diario que se arriesga a escribir para dejar un testimonio de la vida intramuros y los sacrificios, abusos y torturas que sufren allí en nombre de una iluminación que las eleve por encima de la debilidad humana. En sus escritos cabe el relato de este presente terrorífico, pero también un pasado que la asalta en olas, al ritmo de una memoria hecha de lagunas, miedo y violencia. Con la llegada al convento de una joven errante capaz de obrar milagros que desatan la envidia y el sadismo de algunas siervas, la protagonista redescubre sentimientos que había acallado por mucho tiempo, y la empatía y la solidaridad abren un resquicio a la esperanza, a la posibilidad de rebelarse contra la opresión en un mundo despedazado donde, sin embargo, el amor aún consigue brotar.

CLAVES DE LA NOVELA

Con la publicación de *Cadáver exquisito*, Premio Clarín de Novela y Premio Ladies of Horror Fiction, Agustina Bazterrica no tardó en consagrarse como una de las escritoras argentinas más aclamadas a nivel internacional, con una obra traducida a más de una veintena de idiomas y cientos de miles de lectores repartidos en todo el mundo. Tras el éxito de esta distopía ambientada en un mundo donde la carne animal no se puede consumir y el canibalismo se legaliza, Bazterrica regresa con una nueva novela que transcurre en un futuro postapocalíptico cuyos cimientos podemos rastrear en nuestro presente. La

era de la inteligencia artificial y la crisis medioambiental desemboca en una serie de desastres tecnológicos y naturales que sumen al planeta en el caos y la oscuridad, y del mundo de ayer, es decir, el nuestro, tan solo quedan unos pocos vestigios y la memoria que alguna vez se transmitió de padres a hijos. A partir de estos elementos, y allí donde los límites entre terror y ciencia ficción se desdibujan, la escritora construye un universo propio que contiene en sí otro microuniverso: una secta con sus reglas, sus escalafones, sus mitos y rituales, y una lógica tan asfixiante como verosímil.

En este mundo imaginado que adquiere matices inquietantemente realistas a pesar de las escasas y distorsionadas marcas referenciales —un ejemplar de *Bestiario*, de Julio Cortázar; el edificio abandonado de la Biblioteca Nacional, por nombrar algunas—, lo que está en juego es el poder. Un poder que se sustenta en el control, el aislamiento, el castigo y las creencias que se propagan intramuros. Huyendo de una tierra arrasada, las mujeres que llegan al convento son criaturas desesperadas y, por eso mismo, vulnerables que creen haber encontrado un refugio de sólidas paredes donde todavía hay cabida para la fe y el orden, pero acaban atrapadas en un culto patriarcal en el que la violencia puede ejercerse de forma vertical o transversal, entre iguales que descubren entre sus compañeras a sus enemigas más crueles. Inspirada en las sectas, en la vida monacal, e incluso en su paso por una escuela de monjas, Agustina Bazterrica indaga en los mecanismos de sumisión y coerción, en el miedo y los alcances de la crueldad humana, y en cómo la verdad se trama en rumores, un «dicen que» que circula de boca a oído por los corredores del convento y alimenta el mito y legitima a quien detenta el poder. Ante esta verdad que se oculta entre versiones, la narradora registra su historia en unos diarios sin fecha repletos de palabras tachadas porque su sola grafía contiene demasiado dolor. En estas páginas que se escriben de noche y se esconden en diferentes rincones del convento, y que son el testimonio no solo del horror acontecido allí, sino también,

de un pasado que se desintegra en un presente absoluto, hay a su vez un guiño al futuro: la esperanza de que el día de mañana alguien pueda leer los diarios y compartir su historia. Como una suerte de Ana Frank o de Defred, el personaje de *El cuento de la criada*, la protagonista escribe porque este acto creativo es una bocanada de oxígeno en medio del encierro y el miedo, es memoria y una invocación a un porvenir incierto que, sin embargo, constituye la única razón para continuar adelante.

Si a través de su opresiva atmósfera postapocalíptica, *Las indignas* nos remite a las distopías de Margaret Atwood y Cormac McCarthy, la escritura de cadencia poética de la escritora argentina entronca con Flannery O' Connor y el gótico sureño, y la singular aproximación al registro del terror que, en la última década, se ha hecho fuerte entre las nuevas voces femeninas latinoamericanas. Las cucarachas, el aire pestilente, la tierra yerma, y la carne herida, el placer perverso y el imaginario religioso dibujan el paisaje de una novela donde el horror cobra una intensidad sobrecogedora pero está contado desde una prosa en la que hay una extraña y potente belleza. En el cruce entre crueldad, violencia y un lirismo inesperado, Agustina Bazterrica compone entonces una fantasía que imagina el peor de los futuros dejando, pese a todo, un resquicio para una esperanza que crece en la amistad y el amor, en los lazos de solidaridad y en las historias que se cuentan para deshacer aquellas mentiras que nos someten.

LOS PERSONAJES

LA NARRADORA

Personaje anónimo, la narradora de esta historia es una joven que llega a la Casa de la Hermandad Sagrada tras errar, sola o en compañía de una banda de niños huérfanos como ella, por ciudades y páramos en busca de alimento, cobijo y un refugio a salvo de la amenaza de los adultos. Considerada una criatura demasiado impura para ser iluminada, forma parte de la casta de las indignas y desde este lugar intenta actuar con discreción y valentía para observar, escuchar los rumores y descifrar las reglas de una secta cuyo poder acaba desafiando cuando la alejan de la persona amada. Llevar un diario clandestino es un modo de dejar un testimonio de la vida en el convento, pero también, es una forma de abrir ventanas hacia un futuro en el que quizás alguien encuentre las páginas que ha ido llenando. Entre ese presente eterno en el que ella y las demás habitan y un porvenir incierto, también quedan restos del pasado: la memoria de los abusos sufridos, el hambre, el miedo, la amistad con los niños tarántula, el contacto humano y su madre, de quien hereda el amor por la literatura, contándole historias sobre el mundo antes del desastre, aquel que ella no llega a ver.

«Algunas noches, cuando tenía pesadillas, Helena me abrazaba. Creo que yo soñaba con la vida anterior (me gusta pensar que la recordaba en sueños), la vida antes de cruzar el muro, la vida de la tierra enferma, del hambre, cuando no tenía un arroyo con agua, ni pasteles, ni un Dios, cuando era una errante. La vida que no puedo recordar de manera consciente, por más que lo intento. Gritaba en sueños por las imágenes confusas, por las cosas que no entendía pero que dolían y, si bien abría los ojos, entraba en un estado de parálisis donde me costaba respirar. Era como si el mecanismo automático de inspirar y espirar fallara, como si mi mente no supiera qué hacer para concretar un acto tan simple y solo se resignara a esperar el ahogo. Pero ella me ponía las manos en la cara, a los costados, y me miraba a los ojos. Cuando lograba calmarme, Helena se acostaba a mi lado y me abrazaba hasta que me volvía a dormir. Desde que la enterramos viva, desde que la tierra la cubre, desde que nadie, excepto yo, puede distinguir cuál es su tumba sin nombre, ya no sueño con la vida anterior». (p. 47)

LA HERMANA SUPERIOR

Bajo las órdenes de Él, la Hermana Superiora gobierna entre los muros del convento. Es quien preside las ceremonias de iniciación de las nuevas siervas que llegan a la Casa de la Hermandad Sagrada y, armada con un látigo, vela por el buen comportamiento de las mujeres. Ante cualquier desliz o desafío frente a su autoridad, castiga a la culpable con toda clase de torturas, mutilaciones incluidas. Crueldad y goce van de la mano para esta mujer que disfruta sembrando el terror entre sus discípulas.

«Con dedicación y paciencia la Hermana Superior la hizo gritar, la obligó a aullar, hasta que confesó. Dicen que le sacó algunas uñas o algunos dientes. O todas las uñas y todos los dientes. Cuentan que rompió varios látigos. Que les gritaba a las siervas que trajeran más ramas. Más, más, más. “Expiación de sangre”, aullaba. La furia se transformó en un susurro. Más, más, más. La Hermana Superior temblaba. Más, más, más. Le pegó tanto que algunas creen que la mató. No supimos qué pasó con el hombre que vivía debajo del altar. Hoy, esa indigna está cubierta de tierra, absorbiendo oscuridad, en el cementerio de las negligentes. Todas coincidimos en que tendría que haberse tirado de la Torre del Silencio». (p. 28)

ÉL

Único hombre en un mundo de mujeres, Él es un titiritero en las sombras que mueve los hilos en la Casa de la Hermandad Sagrada. Las indignas nunca lo han visto, solo conocen su voz que suena en el altar, y es por eso que entre ellas circulan muchos rumores acerca de este líder que sustenta su inmenso poder en el misterio, la fe ciega y oscuras mentiras que la protagonista acaba desenmascarando.

«No hay nadie, pensé, pero, en ese momento, alguien habló. Era Él. Su voz era como el color azul oscuro de las golondrinas en vuelo, de esas golondrinas que venían en primavera a anidar a nuestro techo, el techo de una casa en la que había sido feliz y que ahora no existía. Un sonido muy distinto al que emite en el altar, donde declama con una voz de batallón sagrado, de legión bendita, una voz que contiene aullidos, capaz de cautivar y herir en igual medida. Cuando lo escuché cerca de la puerta, hui, pero antes sentí un llanto pequeño, quebrado». (pp. 77-78)

LAS INDIGNAS

Sometidas a los designios y el látigo de la Hermana Superior, las indignas conforman una casta inferior dentro la Casa de la Hermandad Sagrada. A esta casta pertenece la narradora de esta historia y muchas mujeres más que, sin la pureza suficiente para convertirse en elegidas o Iluminadas, deben ocuparse de todo tipo de tareas y ser testigo de los actos de violencia cometidos por la Hermana o, más de una vez, entre compañeras.

«Habló. Nos dijo que para llegar a ser Iluminadas tenemos que desposeernos de nuestro origen, del Dios erróneo, del hijo falso, de la madre negativa, de las ideas triviales, de la suciedad nocturna que arrastra de manera imperceptible y lenta por nuestra sangre.

Miré las venas en mis muñecas y con un dedo toqué una línea azul.

Purificar.

Nos llamó indignas, como todas las veces, como lo hace cuando nos reunimos en la Capilla de la Ascensión cada tres o nueve días (nunca sabemos exactamente cuándo nos van a convocar). Pronunció otra vez la palabra “indignas” y hubo una reverberación en las paredes de piedra como si su voz tuviese el poder de movilizar lo inerte». (pp. 11-12)

LAS ELEGIDAS

Las Santas Menores y otras criaturas de una belleza que solo pueden irradiar aquellas que han sido rozadas por Dios forman la casta de las elegidas. Vestidas con túnicas blancas impolutas, entonan cantos en una lengua desconocida y acercan la voz de Dios a las siervas de la Hermandad. Su sangre es pura, sus cuerpos están mutilados y habitan en una suerte de trance o dimensión que está más allá de lo terrenal y desde donde pueden interpretar las señales divinas. Al igual que Las Iluminadas, les está permitido mirar a Él.

«Pueden percibir el sonido agazapado y agrio de las enfermedades, la lenta absorción del tejido óseo, conocen el eco de la oscuridad en la que viven nuestros órganos, por el ritmo del latido saben cuándo un corazón solo quiere poseer o quiere redimirse, quiere lastimar o quiere disolverse en otro pulso, distinguen el movimiento húmedo de las bacterias que nos habitan, ese microcosmos que acarreamos sin sentirlo. A veces se quedan largas horas en el parque tratando de descifrar si hay palabras humanas en el viento, si hay mensajes de nuestro Dios. Es normal verlas dando vueltas sobre sí mismas con la palma de la mano derecha apuntando al cielo y la de la izquierda a la tierra. Pero nadie sabe por qué lo hacen. Abrió la boca y pude ver el hueco negro, los dientes, pero no la

lengua. Cuando las eligen se las cortan porque solo pueden comunicar lo que saben por escrito a la Hermana Superior. (pp. 45-46)

LAS ILUMINADAS

Las Iluminadas son el tesoro máspreciado de la Hermandad y las únicas que conocen el nombre de Dios. Poseen las mismas virtudes que las elegidas pero como emisarias de la luz tienen además el don de predecir catástrofes. Sobre ellas, que viven en un recinto apartadas del resto, circulan todo tipo de rumores, desde que se les arrancan los dientes y la lengua hasta que mastican vidrio. Lo cierto es que tras la puerta negra del Refugio de Las Iluminadas se oyen gritos contenidos y llantos cuyo origen la protagonista descubre el día que finalmente se atreve a profanar el secreto.

«No sé cómo dormirán las elegidas y Las Iluminadas, pero son nuestro bien máspreciado, por eso no tengo dudas de que las cuidan.

Me tocó dormir al lado de Mariel, que sonreía porque la niebla postergó el castigo que le iba a impartir Lourdes. En susurros me dijo lo que le contó María de las Soledades que le contó Lourdes: que a Las Iluminadas les arrancan los dientes y la lengua porque emitir el nombre de Dios requiere de un vacío. También me confesó que otras le contaron que escucharon alaridos detrás de la puerta negra labrada, del Refugio de Las Iluminadas. Yo también creí escucharlos. Llantos agudos, gritos contenidos. Mariel también me dijo, contradiciéndose, que Las Iluminadas practican mordiendo clavos o masticando vidrios. No creo que nada de esto sea real. O puede ser que sí lo sea, nadie sabe la verdad sobre ellas (una vez que las eligen Iluminadas, ya no las vemos más), solo sabemos que son pocas y que ser Iluminada es la máxima aspiración y la mayor responsabilidad. Gracias a ellas, el veneno que corre por los ríos subterráneos, la ponzoña que se aloja en los tejidos de las plantas, las toxinas que el viento acarrea de un lugar a otro no infectan nuestro pequeño mundo. Están detrás de la puerta negra labrada, protegidas, y solo Él puede tocarlas». (pp. 22-23)

LOURDES

La envidia corroe a esta indigna de cabello rojo que aspira a convertirse en elegida o, mejor aún, en una Iluminada. La crueldad con la que trata a sus compañeras la convierte en rival de la protagonista y mano derecha de la Hermana Superior, que delega en ella la ejecución de muchos castigos sanguinarios hasta que Lourdes deja de gozar de su protección y se vuelve víctima de este personaje siniestro.

«Tengo la espalda marcada con latigazos que me dio Lourdes, porque la Hermana Superior estaba ocupada con otras indignas.

Sé que Lourdes disfrutó de cada momento. Intentó ocultarlo, pero le vi el brillo en los ojos». (p. 23)

LUCÍA

La última mujer errante que, extenuada y famélica, llega al convento es una criatura luminosa de extraño poder. Capaz de caminar sobre el fuego sin quemarse o de mantenerse a salvo de un enjambre de avispas enfurecidas, Lucía obra milagros que auguran su ingreso en la casta de las Iluminadas, lo que llena de envidia a Lourdes, que descarga su crueldad sobre ella. La protagonista protege a la recién llegada y entre ellas surge una complicidad que da paso al amor, pero cuando Lucía es enviada con Las Iluminadas deben separarse.

«En la tarde oscura, vimos las brasas crepitar. Parecían vivas, cambiaban de color. Rojo, naranja, blanco. Los colores se esfumaban y volvían, parecía que el calor estuviese transmitiendo un mensaje oculto escrito en el idioma secreto del fuego. Lucia caminó sobre esas palabras hechas de luz, caminó sin un gesto de dolor, caminó despacio, casi como si bailara, caminó como si nadie más que ella estuviese presenciando el milagro. Cuando llegó al final se quedó parada, pero no sonrió. Nos miró, pero sentí que nos veía por primera vez. Cerró los ojos y se arrodilló en la tierra. Tenía los pies sin quemaduras de ningún tipo. Limpios. Todas contuvimos el aliento. Algunas se taparon la boca con las dos manos. Incluso, en ese momento, creí que el ruido de los grillos se había detenido, como si intuyeran lo que había pasado.

La conmoción». (pp. 100-101)

CIRCE

Circe pertenece al pasado, a los días en que la protagonista era una niña que deambulaba por la ciudad en busca de alimento y un rincón seguro donde descansar. La protagonista había perdido a un amigo y su banda de niños huérfanos; Circe tenía hambre, como ella, y a ambas las termina uniendo una misma necesidad de sobrevivir que, vencida la desconfianza, da pie a la solidaridad. Desde el día en que se conocen, se vuelven amigas inseparables hasta que unos hombres las atacan en el bosque metálico. Lo que sucede aquel día duele tanto que la memoria de la narradora se pierde en lagunas.

«Circe. La maga.

Vi el brillo de sus ojos amarillos cuando tuve que escaparme de la ciudad para que los adultos no me encontraran. Tenía mi cuchillo, hambre y sed.

No puedo escribir sobre ella, no todavía, porque Circe se llevó parte de mi luz, esa luz que necesito que vuelva a correr por mis venas». (p. 94)

HELENA

Compañera de la narradora en el convento, Helena es una de las pocas almas rebeldes que osa a desafiar los mandatos de la Casa de la Hermandad Sagrada. A su lado, la protagonista consigue recordar un pasado que de tan lejano parece irreal. Ambas comparten historias, secretos y escondites en ese mundo celosamente vigilado por la Hermana Superior, que acaba condenando a Helena a ser enterrada viva. La pérdida de esta amiga sume en el silencio y el olvido a la protagonista.

«El cuerpo de la Santa Menor va a quedar expuesto a los elementos porque la polución de la tierra no debe contaminarla. El sol, la lluvia, el viento, algunos pájaros, quizás un buitre (si es que todavía existen), se van a encargar de que las células, la carne, la esencia se dispersen por el cielo, permanezcan en las alturas, intocadas, limpias. Él dice que es uno de los máximos honores, que solo las elegidas y Las Iluminadas tienen ese privilegio.

Por eso ella, Helena, la insurrecta, la tenaz, la agitadora, está en la tierra, porque su cuerpo era una zona catastrófica, un remolino ciego». (p. 68)

EXTRACTOS POR TEMAS

EL MUNDO DE AYER

«Me detuve unos segundos más para dejarle monedas en los ojos a Ulises, esas monedas inútiles que me regaló el día que me enseñaron a forzar una puerta, el día que entramos al edificio abandonado de la Biblioteca Nacional y, antes de llevarnos libros para usar en las fogatas, nos escondimos y les leí un cuento sobre una niña a la que invitan a una casa donde había un tigre que rondaba las habitaciones, y toda la familia tenía que tener mucho cuidado de no estar en la misma habitación con el tigre. Les tuve que explicar qué era un tigre y se maravillaron de que hubiese existido un animal así en el mundo porque dábamos por hecho que estaban muertos, todos los tigres, muertos de hambre, muertos por la contaminación, muertos de sed, muertos ahogados, muertos con la lengua negra y los ojos ciegos, muertos de tristeza, muertos en las grietas de la tierra, en ese alarido silencioso del mundo partiéndose en dos». (p. 72)

«Nos sirvieron el café. Sentí el aroma poderoso, el olor a peligro, pero también a una alegría salvaje (algo que imagino se debe sentir en una selva), y antes de probarlo tuve que cerrar los ojos. Vi a mi madre en la cocina bailando descalza, yo la miraba desde la altura de mis diez años. Recuerdo el vestido de lunares, gastado pero limpio, su pelo largo brillante, la risa como pequeños cristales sonando al unísono, las manos tocando los rayos del sol que entraban por la ventana. Bailaba porque íbamos a poder comer, cantaba porque había conseguido café y pan. Era la época en la que todavía tenía una madre que me enseñaba a leer y a escribir; que trataba a los libros con cuidado o porque decía: son maravillas contenidas en papel, los llamaba nuestros amigos; que celebraba la vida con pequeños gestos, todos los días; con su presencia luminosa encontraba belleza en el mundo que se degradaba minuto a minuto. Un mundo con falta de agua, sin escuela, sin luz. Un mundo con las inundaciones, las lluvias de ocho meses

cayendo en menos de una hora, quedarnos, por días, en el techo de nuestra casa hasta que bajara el agua, nuestro llanto al ver a nuestros amigos flotando en el agua mugrienta: Lispector Morrison, Ocampo, Saer, Woolf, Duras, O'Connor con las hojas empapadas, inservibles, pero las palabras estaban dentro de mí, las palabras que mi madre me instó a amar, incluso cuando no las entendía; los desplazamientos de tierra; los tornados: los vientos a más de cien kilómetros por hora: los árboles desplomados; los animales caminando en círculos por semanas, por meses, sin que nadie pudiese encontrar una explicación, hasta que se volvían locos de cansancio y morían; la ciudad destrozada; el granizo de piedras como frutos que caían del cielo con el sonido de las bombas, proyectiles de hielo fracturando el frágil velo de la civilización, las cosechas arruinadas; los calores extremos, peces cocinados vivos por el mar hirviente, peces muriendo de sed en los ríos, las sequías, las guerras por el agua, la escasez, el hambre, la sed, el derrumbe, mi madre muerta en la misma cocina en la que había bailado algunos años antes». (pp. 69-70)

«Circe se alejó, asustada, pero yo me acerqué. Lo primero que vi fue a una mujer con los ojos cerrados que parecía que amamantaba a un bebé envuelto en la piel de un animal, pero después miré con más atención. Lo que estaba prendido a su pecho parecía una rata, pero era algo más grande, con dientes y cola de rata. Ella acunaba a eso, a cosa que la estaba comiendo. Me alejé tapándome la boca porque no quería gritar, no quería

que eso me mirara. Circe se acercó despacio, preparada para atacar, y esa cosa dejó de comer y le mostró los dientes. Los dientes manchados de sangre. Creo que gruñó o hizo un ruido como el de una risa apagada. La mujer siguió meciéndose con los ojos cerrados». (p. 136)

«En nuestro árbol, le conté a Lucía lo que pasó en el bosque metálico.

Lloramos abrazadas. Me consoló, tocándome muy despacio el pelo. Lloramos por Circe, por esa niña que fui. Por el dolor que no disminuye, que sigue aferrado, que sigue muy adentro, por todos los años en que no pude recordar nada de eso, nada de lo que me habían hecho, nada de lo que había vivido antes de llegar a la Casa de la Hermandad Sagrada». (p. 142)

SIN ASTROS

«A veces, para preservar a los pocos animales que tenemos (que nunca vi), Las Iluminadas y las elegidas comen la carne escasa de alguna liebre, que antes prueba una sierva por si está contaminada. Hay muy pocas liebres y, en su mayoría, son defectuosas. Puede faltarles una oreja, como si la naturaleza no tuviera el suficiente impulso para crearlas completas. O les falta una pata. O un ojo. Las trampas estaban vacías. Sabemos que con los grillos que cría la Hermana Superior tenemos la proteína necesaria. Nos cansamos de comer sus cuerpos mínimos y crujiertes, aunque limpios, sin veneno gracias a Las Iluminadas. Sin fe, no hay amparo.

Mientras ellas comen manzanas, zanahorias, repollo, alimentos frescos, nosotras comemos grillos en sopas, pan de grillo, bocaditos de grillos, grillos con cúrcuma, grillos picantes, grillos preparados con todas las especias guardadas hace años por los monjes. Ya no siento sus patas en mi lengua. Ni las antenas, pero sí el sonido de los grillos en mi boca. Es áspero, peligroso». (pp. 24-25)

«El pájaro murió mirando el cielo entre las hojas de los árboles. O lo hizo mirando las estrellas. Murió rodeado de belleza. Helena murió en la oscuridad, murió en el desastre. Ella fue la que me enseñó que desastre significa vivir sin estrellas, ni cuerpos celestes, ni cometas, sin la luz de noche, en una oscuridad absoluta. (¿En la boca de Dios?). Me lo escribió en las palmas de las manos con el dedo manchado de barro. Estábamos en nuestro árbol escondido, dentro del hueco, sentadas sobre hojas secas, abrazadas porque apenas entrábamos. Nuestro refugio de difícil acceso, oculto. La zona en la que entierran a las irreverentes. Primero escribió des en la izquierda y después astrum en la derecha. Y acercó sus labios a los míos y me dijo, susurró: des-astrum, sin astros». (p. 54)

PODERES DEL HORROR

«Le puse cucarachas en la almohada y cosí la funda para que les cueste salir, para que caminen debajo de su cabeza o sobre su cara (ojalá se le metan en los oídos y aniden en los tímpanos y sien-

ta cómo las crías le lastiman el cerebro). Dejé huecos mínimos para que escapen de a poco, con esfuerzo, como lo hacen cuando las atrapo (las encierro) entre mis manos. Algunas muerden. Tienen esqueletos flexibles, se aplanan para pasar por agujeros muy pequeños, viven sin cabeza por varios días, pueden estar bajo el agua mucho tiempo, son fascinantes. Me gusta experimentar con ellas. Les corto las antenas. Las patas. Les clavo agujas. Las aplasto con un vaso de vidrio para observar con detenimiento esa estructura primitiva y brutal.

Las hiervo.

Las quemo.

Las mato». (p. 9)

«Las Iluminadas anticipan las catástrofes. Son las únicas que pueden conocer el nombre de Dios. Para el resto es impronunciado porque hay que aprender el idioma secreto, que se oculta como una serpiente blanca que se devora a sí misma. Hablarlo es como desgarrarse, una música hecha de astillas, como guardar alacranes en la boca.

Nos cuesta movernos, pero cumplimos con los sacrificios para mitigar el daño de la niebla. Algunas se mortifican con ayunos, otras caminan de rodillas. Lourdes ofreció el padecimiento de sentarse sobre vidrios.

El sol parece eclipsado. Su luz no tiene brillo, los rayos no alumbran, no nos dan calor. Parece que vivimos en una noche perpetua.

Sin fe, no hay amparo». (p. 20)

«Llegamos al Claustro de la Purificación, a la pequeña casa rodeada de ár-

boles, edificada cerca del muro y aislada. Es al lugar donde tuvimos que ir todas antes de ser aceptadas, ese lugar que no es un claustro aunque así lo llaman. El lugar donde una escucha a los grillos por primera vez y no sabe qué son, y cree que es su mente perdiendo el control, piensa que es el sonido de la locura. El lugar donde las sombras de los monjes acechan, sus voces en la noche, en la oscuridad. Algunas mueren, enfermas de contaminación y pecado (de soledad). Aislaron allí a la errante, y las siervas la alimentaron porque están obligadas a cuidarlas, a nadie le importa si se contagian, y ninguna indigna va a ofrecer ese sacrificio. Si las siervas se niegan a atenderlas, la Hermana Superior busca el látigo». (p. 26)

«Las siervas trajeron a Mariel, que tenía las manos atadas y estaba descalza. Escuché susurros y alaridos sofocados, pero la Hermana Superior movió apenas la cabeza y nos callamos. Tenía el camisón blanco manchado de sangre. Seguramente le clavaron más agujas en los pezones como castigo porque Mariel era la encargada de cuidar a las Santas Menores durante las ceremonias, por eso ahora iba a tener que expiar con su sangre. El camisón blanco (cada vez más rojo) dejaba ver sus formas y aunque estaba amordazada, los gritos se escuchaban con claridad. Gritaba algo en uno de los idiomas prohibidos en la Casa de la Hermandad Sagrada. Solo percibí palabras, frases sueltas que me atrevo a escribir tal cual las escuché: saludó Mari, plen de gras, tu e beni antre tutlé fam. Tenía los pies sucios por la tierra. Le habían puesto una cofia

blanca que le cubría la cabeza, le habían rapado el poco pelo que tenía para que la humillación fuera mayor. Temblaba. Me pregunté cuál será el olor del miedo. Pensé que no es posible percibirlo porque es como congelarse por dentro.

Debajo del camisón estaba desnuda.

La Hermana Superior se acercó y le pegó en la boca porque el rezo prohibido en el idioma prohibido era cada vez más claro. Mariel hizo silencio por un segundo, pero en voz muy baja siguió implorando a la madre negativa, del hijo falso, del Dios erróneo. Eso enfureció a la Hermana Superior, que, con rabia, la dio vuelta y le arrancó el camisón, que cayó al piso. Todas nos tapamos la boca, fingiendo estar horrorizadas por el espectáculo que conocíamos bien. Mariel temblaba. Vimos las agujas clavadas, vimos los hilos rojos, casi negros. Disimuladamente, algunas se taparon el pecho con las manos para protegerlo (como si realmente pudieran hacerlo)». (pp. 37-38)

«Seis: los alaridos de Mariel nos aturdirían, pero debajo de ellos podíamos escuchar el cambio sutil en la respiración de la Hermana Superior, el ritmo que se aceleraba, que se transformaba en otra cosa. En un gemido.

Ocho.

Diez. La expiación.

Diez azotes significaban la piel rota, fiebre, infecciones, quizás la muerte. Nos tapamos los ojos con las manos. No queríamos ver el derrumbe, pero Mariel no pudo sostenerse en pie y cayó arrodillada al piso. Pensamos que eso era todo. Mariel también lo habrá intuido. Quizás sintió cierto alivio, pero la Hermana Su-

perior ordenó que la levantaran. Las sirvas la ataron a un palo rodeado de ramas y troncos, los prendieron y ardió.

Era bellísima. Parecía un pájaro de fuego». (p. 39)

«Voy a seguir escribiendo hasta que sue-
nen las campanas. Cuando eso suceda va
a ser el momento de esconder estos pa-
peles, de alejarme. Voy a tomar la piedra
con la que afilé la pluma con la que es-
cribo y me voy a abrir la herida para que
más sangre corra, fluya. Toda la sangre
de mis venas va a caer como un dragón
rojo que la tierra va a recibir, absorber y
transformar.

Forcé y abrí la puerta negra de madera
labrada, la abrí despacio para que no me
descubrieran y vi lo prohibido, vi el en-
granaje de la mentira, no hay dios, solo
está su boca que pronuncia injurias, solo
está el hambre, solo está él y sus manos,
él y su voz de batallón sagrado, de legión
bendita, de ola negra que arrastra aullidos,
y como en una imagen estática, que
duró unos segundos, vi a las Iluminadas
hinchidas de pecado con sus vientres
rebotantes de vicio y no me sorprendió
confirmar lo que había sido evidente...»
(pp. 180-181)

EL NOMBRE SECRETO DE LAS COSAS

«Pero yo sabía muy bien que la piedad
es como una dinamita silenciosa que
te instalan en el corazón y que, cuando
estalla, ya no hay posibilidad de juntar
los pedazos. Me lo habían enseñado los

niños tarántula. Sin piedad se sobrevive.
Sin piedad hay más agua para el grupo.
Sin piedad hay tiempo para leer cuentos
sobre mujeres que ponen cucarachas en
bombones. Pero con Circe tuve piedad.
Y ella la tuvo conmigo. Pero el ciervo
blanco no es Circe». (p. 85)

«Fue en ese momento cuando Lucía me
tomó la cara con las manos y me besó.

Nunca nadie me había dado un beso;
nadie me había pasado, con esa lentitud,
la lengua por el cuello, por los labios.
Yo no me animaba a tocarla por miedo
a no volver del abismo, pero a ella no le
importó mi asombro ni mi sumisión, se
dedicó a levantarme la túnica, y después
a sacármela. Lo hizo con firmeza y sua-
vidad.

Me desnudó bajo la luz ciega de la
luna, me desnudó entre los árboles.

Nunca había sentido el gusto de otra
piel; nadie me había dejado sin aliento,
sin respiración, sin voluntad, entregada,
a merced; nunca había cerrado los ojos
para quedar vulnerable, abierta.

Le subí la túnica hasta el borde exacto
de los senos, le besé el vientre de ciervo
blanco, la noche Oscura.

Sentí la suavidad de su pelo negro,
larguísimo, sobre mi piel. Me miró a los
ojos mientras con la punta de los dedos
me tocó la espalda y abrió mi boca con
su lengua». (p. 124)

«Respiré su perfume feroz y dulce, y sen-
tí que el paraíso azul me encandilaba, me
envolvía, que era arrojada al abismo, que
sus caricias me despedazaban de placer
porque me había dejado entrar en su
universo interno, porque ardíamos jun-

tas y juntas creábamos belleza, y fue en ese momento en el que abrí los ojos y vi lo imposible: nos rodeaban miles de luciérnagas, pequeñas luces doradas que vibraban en la noche, que danzaban en la oscuridad. Lucía me agarró del pelo y apoyó todo su cuerpo sobre el mío, toda su piel, toda su boca. Cerramos los ojos para gritar al unísono, para desaparecer la una en la otra, y cuando los abrimos las luciérnagas ya no estaban. Pero estaba la luz. La nuestra». (p. 125)

«Le dije que las luciérnagas tenían que ser uno de sus milagros, como lo que pasó con las avispas y las brasas. Que cómo era posible. Si no hay mundo, no hay nada fuera de este lugar.

Mientras me acariciaba la espalda, Lucía habló con el amarillo traslúcido de los lobos, con esa voz dorada que era como tocar el corazón del sol. Susurró: la verdad es una esfera. Nunca la vemos completa, en su totalidad, se desliza por nuestra garganta, por nuestro pensamiento.

Siguió hablando muy cerca de mi boca, pero sin tocarla: la verdad es cambiante, se contrae, implosiona y tiene la potencia de una bala. Puede ser letal.

Atiné a preguntarle por qué me decía eso, pero me puso un dedo en los

labios y acercó los suyos, casi tocando los míos: la verdad, esa esfera que, también, contiene dentro de sí a la mentira que gira a otro ritmo como un engranaje que parece roto, innecesario, pero que es vital para que el mecanismo funcione. Lo difícil es descubrir la mentira dentro de la esfera». (p. 126)

«Hace días que estas hojas están debajo de una tabla del piso, protegidas. Hace días que no escribo.

Hace días que Lucía y yo seguimos escapándonos de noche, que nos ponemos los velos como precaución, por si alguien nos ve, que nos escondemos en nuestro árbol, que me habla del sonido que emitían algunas flores, las flores que ella tenía en un jardín que ya no existe, que era como una danza alegre, como si sonaran cascabeles en el aire. Me dijo que las plantas, los animales, los elementos de la naturaleza tienen un nombre secreto, cada uno de ellos, cada flor esconde en sus pétalos el nombre secreto que le asignó la creación. Conocer ese nombre, oír la vibración, es lo que te revela el mundo verdadero. ¿Lo escuchás?, le pregunté. A veces, me dijo. ¿Cómo es el mundo verdadero? Igual a este, pero mejor. Es fascinante. Mágico». (p. 140)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela comienza con la narradora contando que ha llenado de cucarachas la almohada de Lourdes y el relato de este acto de maldad o venganza enlaza con la descripción de todas las torturas que ella misma les hace a los insectos. ¿La crueldad descrita va acompañada de qué tipo de sentimientos? ¿Cómo relacionáis esta primera página con la historia narrada en *Las indignas*?
2. Tomando la escena de las cucarachas y todas aquellas en las que se describen actos de violencia como torturas, abusos o mutilaciones, ¿diríais que en la novela la crueldad es una herramienta o un fin en sí mismo? ¿Qué motiva la crueldad de personajes como la Hermana Superior, Lourdes o la protagonista?
3. La crueldad y el horror son dos aspectos omnipresentes en un mundo cerrado donde a las mujeres se les exige pureza. En medio de la abyección, el caos y la contaminación, ¿por qué la pureza femenina se convierte en un ideal dentro de la Casa de la Hermandad Sagrada? ¿Qué nos dice el culto imaginado por la autora respecto al rol asignado a las mujeres en religiones como la cristiana?
4. Ambientada en un futuro postapocalíptico, *Las indignas* es una novela que habla del advenimiento de un nuevo culto en un momento de caos y oscuridad en el que cada individuo debe luchar por su supervivencia. ¿Cuáles son, según la novela, las coyunturas que facilitan el surgimiento de una secta? ¿Por qué las mujeres errantes se encierran en el convento y se someten a los designios de la Hermana Superior y Él?
5. La protagonista y otras indignas repiten una y otra vez que «sin fe, no hay amparo». Pero ¿cómo se construye esta fe? ¿Y qué valor tiene para las mujeres de la Casa de la Hermandad Sagrada? ¿Su creencia las ayuda a sobrevivir o, por el contrario, es una herramienta al servicio de su sometimiento?

6. La Hermana Superior es quien gobierna en la Casa de la Hermandad Sagrada y para someter a las mujeres que habitan allí se vale muchas veces de latigazos y otras formas de violencia. ¿En la novela se ilustran otros mecanismos de sumisión? ¿Qué rol desempeña el miedo entre las mujeres captadas por este nuevo culto?
7. El poder es uno de los temas que atraviesa una novela que retrata un mundo que intenta reorganizarse tras una seguidilla de catástrofes que destruyen el orden anterior. Ese poder ¿cómo lo definiríais? ¿Y cómo se manifiesta? ¿Se ejerce de forma vertical o diríais que es una red?
8. En *Las indignas*, Agustina Bazterrica describe una sociedad futura regida por las leyes del patriarcado. En esa sociedad, ¿la violencia entre mujeres es consecuencia del patriarcado o entran otros factores en juego?
9. Desde la primera escena, en la que la protagonista llena de cucarachas la almohada de Lourdes, la novela relata rivalidades, enfrentamientos y conflictos entre las mujeres que viven en el convento. Poco a poco, sin embargo, la narradora evoca también historias de amistad —Helena, Circe, Lucía—. ¿Cómo son estas relaciones entre mujeres? ¿Qué valor se le concede en la novela a la amistad y el amor?
10. Tras perder a su madre, la protagonista se convierte en una niña huérfana que debe luchar para sobrevivir en un mundo donde, según cuenta, no existe la piedad. ¿Qué pasa cuando se encuentra con Circe? ¿Qué cambia en ese momento?
11. A la amistad con Circe le sigue, ya dentro del convento, la relación con Helena. ¿Cuál es la importancia de este personaje para la protagonista? ¿Por qué es tan difícil superar su pérdida?

12. ¿Qué sucede con la llegada de Lucía a la Casa de la Hermandad Sagrada? ¿Cuál es el simbolismo de este personaje en la historia? ¿Por qué la protagonista se siente tan atraída por la recién llegada?
13. En la Casa de la Hermandad Sagrada las mujeres son despojadas de sus nombres y toda referencia a sus vidas pasadas. La memoria de sus orígenes se niega y su identidad se desdibuja para ser integradas en un colectivo organizado en castas. La protagonista, sin embargo, dice que Lucía le termina revelando su verdadero nombre y ella hace lo mismo. ¿Qué nos dice este detalle respecto a la relación entre ellas?
14. Él legitima su poder a partir de una serie de creencias y mitos que se difunden en la Casa y cuya verdad o falsedad resulta difícil de probar. Frente a la solidez de estos relatos que se sustentan en la fe, ¿qué sucede con los rumores y el «dicen que» que se repite en la novela? ¿Los rumores ayudan a afianzar los relatos «oficiales» o pueden ponerlos en entredicho?
15. Verdad y mentira forman un binomio indisoluble en una novela que se adentra en el terreno resbaladizo de las creencias, la fe y los mitos que son la base de toda religión o culto. Teniendo en cuenta la definición de verdad que expone Lucía («... la verdad es una esfera. Nunca la vemos completa, en su totalidad, se desliza por nuestra garganta, por nuestro pensamiento [...] la verdad, esa esfera que, también, contiene dentro de sí a la mentira que gira a otro ritmo como un engranaje que parece roto, innecesario, pero que es vital para que el mecanismo funcione. Lo difícil es descubrir la mentira dentro de la esfera»), ¿diríais que en la novela hay un límite claro entre verdad y mentira, o entre lo real y lo imaginado? ¿Qué importancia tiene para la protagonista la explicación de Lucía?
16. Ante los rumores, los secretos y una trama de mentiras que opacan o distorsionan la verdad, la protagonista decide arriesgarse y escribir un diario clandestino. ¿Por qué necesita escribir su testimonio? ¿Qué significa la escritura para ella?

17. Escribir, para la narradora, no es solo un modo de contar lo que está ocurriendo, sino también un ejercicio de memoria que la ayuda a recuperar el pasado perdido. Presente y pasado se conjugan en sus diarios. ¿Qué sucede con el futuro? ¿Hay cabida para él en un mundo deshecho? ¿La protagonista lo concibe como una amenaza o como una nueva oportunidad?
18. De su madre la protagonista hereda la pasión por los libros y la palabra escrita, lo que la conduce no solo convertirse en una escritora furtiva dentro del convento, sino también a leer en voz alta cuentos a Ulises y los niños tarántula, que consiguen recuperar la risa y el goce gracias a las historias leídas. ¿Cuál es el papel que se le otorga a la literatura en la novela? ¿Contar historias, sean ficción o no, ayuda a que los personajes sobrevivan en un mundo hostil?
19. En la primera página de la novela, la protagonista comete un acto de crueldad contra Lourdes, personaje al que más adelante intenta salvar. Del comienzo de *Las indignas* al desenlace, ¿diríais que la protagonista se transforma?
20. *Las indignas* transcurre en un futuro postapocalíptico que es la consecuencia especulada de una serie de factores que forman parte de los debates sociales del presente, como los avances de la inteligencia artificial o el cambio climático y sus múltiples efectos. ¿Qué lectura podemos hacer de nuestro presente a partir de la distopía imaginada por Agustina Bazterrica? ¿Pensáis que las próximas generaciones podrían tener que enfrentarse a escenarios como el que se describe en la novela?

LA AUTORA



AGUSTINA BAZTERRICA nació en Buenos Aires en 1974. Es licenciada en Artes (UBA), gestora cultural y jurado de concursos literarios. Ha publicado los volúmenes de cuentos *Antes del encuentro feroz* (2016) y *Diecinueve garras y un pájaro oscuro* (Alfaguara, 2020), y las novelas *Matar a la niña* (2013) y *Cadáver exquisito* (Alfaguara, 2017), ganadora del Premio Clarín Alfagua-

ra de Novela 2017 y el Premio Ladies of Horror Fiction. Traducida a más de veinticinco idiomas y aclamada por medios como *The New York Times*, *The Guardian*, *Le Monde* y *The Washington Post*, entre otros, *Cadáver exquisito* ha sido un best-seller a nivel mundial que ha consagrado a Bazterrica como una de las escritoras argentinas con mayor proyección internacional.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *CADÁVER EXQUISITO*

«Novela mayor, cuya acción transcurre en el interior de una atmósfera densa e hipnótica en la que el lector queda atrapado desde las primeras líneas como si fuera uno de sus personajes».

Juan José Millás

«Horriblemente eficaz. [...] Esta provocativa novela maneja con maestría un cuchillo de doble filo».

The Guardian

«Desde las primeras palabras de la segunda novela de la novelista argentina Agustina Bazterrica, *Cadáver exquisito*, el lector ya es el ganado de la fila, tambaleándose, primordialmente consciente de que este libro es una carnicería, y nada de lo que suceda a continuación va a ser bonito».

New York Times Book Review

«Escrita con lenguaje minimalista, de alta precisión, *Cadáver exquisito* es una fábula impactante sobre la crueldad entre los seres humanos, aunque no desprovista de poesía».

Clarín

«¿A qué precio es viable un mundo sin animales? Esa es la pregunta que se hace la autora argentina Agustina Bazterrica. [...] Con un arte perfectamente calibrado con la ironía, [ella] presenta un asombroso retrato de una humanidad dispuesta a hacer cualquier cosa para satisfacerse, incluso a expensas de sí misma».

Le Monde

«Una expresión mordaz y sin concesiones de lo que ocurre a diario en nuestra sociedad».

La Nación

«Con un lenguaje directo y despojado, *Cadáver exquisito* incursiona en los mecanismos siniestros de una sociedad distópica y caníbal. Las imágenes, tanto repulsivas como fascinantes, recuerdan por momentos a los cuadros violentos de Francis Bacon. La novela rodea al lector con una sensación de amenaza al volver visibles algunas prácticas oscuras y normalizadas de la vida actual».

Pedro Mairal

